

Cuestiones prácticas en traducción biosanitaria

M.^o Blanca Mayor Serrano*

III Jornadas Científicas y Profesionales de Tremédica
Salamanca (España), 6-8 de noviembre del 2008.

*La gota horada la roca, no por su fuerza sino por su
constancia.*

(Atribuido a Ovidio)

Del 6 al 8 de noviembre se celebraron en Salamanca las III Jornadas Científicas y Profesionales de Tremédica (Asociación Internacional de Traductores y Redactores de Medicina y Ciencias Afines), que reunieron a una buena parte de los especialistas que existen en el fascinante mundo de la práctica de la traducción y del lenguaje médicos.

Con sumo acierto, el comité organizador dividió las Jornadas en tres bloques principales:

- Materiales y recursos recientes de interés para el traductor y el profesional biosanitario.
- Problemas y dificultades que plantean la traducción y el lenguaje médicos.
- Localización, traducción y revisión de productos sanitarios.

La lectura del primer bloque de ponencias tuvo lugar en el Colegio Oficial de Médicos español. Tras una calurosa bienvenida de su presidente, abrió la sesión el profesor Francisco Cortés, de la Universidad de Salamanca, con su presentación del *Dicciomed* (<www.dicciomed.es>), *Diccionario médico-biológico histórico y etimológico* de helenismos. Con todo lujo de detalles explicó a la audiencia las diversas posibilidades de búsqueda que ofrece este descomunal recurso: términos médico-biológicos, lexemas que conforman esos términos desde un punto de vista etimológico y sufijos con valor semántico (con indicación de las palabras que los usan).

Beatriz Bernabé, en representación de LID Editorial, nos introdujo en los vericuetos de la elaboración de obras de referencia, describiendo la metodología empleada en la confección de los diccionarios del ámbito biosanitario de su empresa. Así, abordó cuestiones relativas tanto a la organización del texto como a la selección de los equipos de autores expertos en diferentes áreas y la colaboración con ellos, con objeto de garantizar en la medida de lo posible la actualidad, el rigor y el acierto en la elección de los términos.

Ninguno de los asistentes escuchó impasible la soberbia intervención de Ramón Ribes, médico radiólogo del Hospital Universitario Reina Sofía, de Córdoba, quien, con un salero y una soltura indescriptibles, explicó a la concurrencia situaciones «típicamente embarazosas» a las que los médicos españoles han de enfrentarse en su práctica diaria tanto en hospitales

extranjeros como en la redacción de artículos científicos. Precisamente para ayudar a superarlas, se ha convertido, junto con Pablo Ros (profesor de Radiología de la Harvard Medical School), en el coautor de la serie *Medical English* (Springer), una amplia colección de manuales de medicina escritos en inglés de la que hizo una brillante presentación.

Al día siguiente, en la Facultad de Medicina, Bertha Gutiérrez, Gustavo Silva, Carlos Gancedo y Fernando Navarro abordaron, desde distintas perspectivas, los problemas y dificultades que plantean la traducción y el lenguaje médicos.

La profesora de Historia de la Ciencia Bertha Gutiérrez disertó sobre «el modo en que las traducciones han actuado sobre el discurso científico, modificándolo, tanto en su forma como en su contenido», y en concreto sobre el papel que el traductor ha desempeñado al respecto. Su erudita ponencia se centró en aspectos tan interesantes como: los problemas terminológicos a los que los traductores se han visto enfrentados a lo largo de la historia, derivados, por ejemplo, de la falta de equivalentes en la lengua de llegada; de qué manera la creación terminológica —por esa falta de equivalentes, por deseo del traductor o por mero error o desconocimiento— ha influido en el discurso científico; las trampas que emanan de los instrumentos de ayuda a la traducción, tales como glosarios, diccionarios especializados o bases de datos terminológicas, etcétera. Y todo ello ilustrado con numerosos y curiosos ejemplos.

Acto seguido, Gustavo Silva, con la autoridad propia del cargo que ostenta —jefe de Equipo del Servicio de Traducciones de la Organización Panamericana de la Salud en Washington—, presentó a los asistentes casos muy prácticos de traducción «difícil» de términos como *health*, *odds ratio*, *child/infant mortality rate*, *mean* y *median*, y *rate* y *ratio*, entre otros. Asimismo, mostró a través de diversos ejemplos las distintas traducciones que puede recibir un mismo término en función del ámbito de especialidad en el que aparezca.

El primer taller de las Jornadas —«Traducción y discusión de casos clínicos de odontología»— corrió a cargo del físico y traductor independiente Carlos Gancedo. Para sorpresa de muchos de los asistentes, lo que podría haber sido un taller utilísimo se tornó en una especie de clase de traducción a la vista de un ensayo clínico en inglés, en la que el ponente iba traduciendo párrafo por párrafo y aclarando alguna que otra duda de tipo terminológico. El enfoque, a mi juicio, fue inadecuado, sobre todo por la heterogeneidad de la audiencia (estudiantes, profesores y profesionales de la traducción). Creo que habría sido mucho más didáctico explicar, por ejemplo, qué es un caso clínico, cómo se estructura o qué tipo de problemas terminológicos presenta. Acompañar el texto, que repartió a los asistentes, con un glosario (EN-ES) nos habría sido de mucha utilidad.

* Universidad Politécnica de Madrid (España). Dirección para correspondencia: blancamayor@yahoo.es.

Como era de esperar, Fernando Navarro, médico traductor, maravilló a los presentes en una tarde maratoniada con una ponencia titulada «Problemas con la jerga médica» y con el segundo taller de las Jornadas: «Los errores del lenguaje médico». En su ponencia comentó decenas de términos médicos ingleses correspondientes al registro jergal, usados en los hospitales. Y con la ayuda de cuantiosos ejemplos, muchos de ellos humorísticos («I think this patient needs a chop») y hasta pícaros («do you love muscular men with large pecs?»), mostró a la audiencia las enormes dificultades que para el traductor y el intérprete plantean los términos jergales y coloquiales (en forma de siglas, apócope y abreviaturas). Igual de ameno, didáctico e interactivo fue el taller, una brillante exposición de algunos de los principales errores del lenguaje médico en español tanto en las publicaciones médicas especializadas como en la prensa diaria. Y a partir de ejemplos reales, pasó revista a algunos de estos errores que atentan contra los tres rasgos esenciales que deben caracterizar a todo lenguaje científico: la veracidad, la precisión y la claridad.

Las Jornadas culminaron con el tercer y último bloque, «Productos sanitarios: localización, traducción y revisión», un taller a cargo de Paz Gómez, Cristina Márquez y Javier Hellín.

La traductora independiente Paz Gómez presentó una detallada y completa exposición de las consideraciones que deben tenerse en cuenta a la hora de traducir textos sobre productos sanitarios. Con notable precisión, nos guió paso a paso a través del laberinto de términos utilizados por los fabricantes de productos sanitarios bajo la regulación de distintos organismos y normas internacionales.

A la interesantísima presentación de Paz Gómez, le siguió la excelente ponencia de Cristina Márquez, traductora científico-técnica y presidenta de Tremédica, sobre la localización de programas informáticos. Con un aplomo que deriva sin duda de su amplia experiencia, Cristina nos fue introduciendo en el *modus operandi* del especialista en este campo y en las dificultades que plantea. Explicó conceptos como el de *localización*; expuso cómo se inicia un proyecto y los escollos que surgen de la traducción de pantallas plagadas de abreviaturas e instrucciones fuera de contexto. Habló, asimismo, de las

responsabilidades del equipo de trabajo y de la necesaria colaboración con el programador. Se trata de una modalidad de traducción, en definitiva, que requiere sólidos conocimientos y mucha paciencia.

Javier Hellín aportó su experiencia profesional como gerente de calidad y reglamentación de Abbott Científica con su ponencia «Productos sanitarios: revisión de las traducciones de instrucciones, manuales y *software*». Comenzó su presentación explicando los condicionantes de la traducción en este ámbito, para pasar después a exponer con todo lujo de detalles el marco reglamentario y normativo vigente y cuestiones tan interesantes como las relativas a las lenguas a las que se traducen instrucciones de uso en Europa y a los símbolos que las acompañan y su descripción. Otro de los fascinantes temas que abordó el ponente fue las dificultades que presenta la revisión de las traducciones. Así, se centró, entre otros aspectos, en los problemas derivados de la ausencia o deficiencia de adaptación y del error humano, y ofreció prácticas y novedosas soluciones para minimizarlos. Concluyó su ponencia sugiriendo una serie de criterios que se han de valorar en el texto final: aptitud para el uso, comprensibilidad y legibilidad.

Ni que decir tiene que las sesiones contaron con una amplia participación de los asistentes, que presentaron sus propias dudas y comentarios. Ante la «avalancha» de dificultades y problemas que, a la vista de las ponencias, parece plantear la traducción biosanitaria, puede que alguno de los estudiantes decida ocuparse en otros menesteres. Sin embargo, con una buena formación, continuo estudio, ilusión y constancia, mucha constancia, el traductor en ciernes irá aprendiendo a salvar los obstáculos, de los que, al fin y al cabo, ninguna profesión está exenta.

Gracias al comité organizador y a sus ponentes, las Jornadas abordaron asuntos de sumo interés para la profesión y —además de por la colaboración de sus socios y patrocinadores— excedieron las expectativas de los presentes. Tremédica ha demostrado una vez más la calidad de los proyectos que emprende. A todos ellos, mi más sincera enhorabuena.

Científicos con sensibilidad lingüística: escribanos sin derecho a borrón

Enrique Saldaña

Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca

En la mayoría de los entornos laborales en los que se desarrollan actividades intelectuales, las personas con sensibilidad lingüística solemos ser tan apreciadas como aborrecidas. Una vez que hemos adquirido fama de puntillosos, pejiagueros, meticulosos, quisquillosos, puristas, escrupulosos, perfeccionistas o picajosos —que de estas y de otras muchas maneras se acostumbra a denominarnos—, esta reputación impregna las relaciones con nuestros compañeros de trabajo. Para ellos, el amante del idioma se convierte en un ser extraño al que todos acuden cuando se ven acosados por dudas lingüísticas, pero del que reniegan en cuanto realiza críticas o comentarios idiomáticos sin que se los hayan solicitado.

La etiqueta de partidario de la corrección lingüística conlleva una serie de efectos inevitables. Por ejemplo, los colegas que antes valoraban nuestra opinión profesional prescinden paulatinamente de ella. Es como si el miedo a recibir críticas sobre la forma de un texto o documento pesara más que lo que pudiéramos aportar a su fondo. Por irracional que suene, son muchos los que llegan a renunciar hasta a la más experta de las opiniones con tal de no quedar en evidencia por una coma de

más o de menos. Y así, poco a poco, se nos deja de pedir que revisemos escritos e informes o que formemos parte de comités y tribunales (y conste que este hecho no es del todo malo si se tiene en cuenta el tiempo que tales actividades requieren).

Otra consecuencia es que los que rodean al puntilloso se convierten en aves de presa deseosas de pillarle en un renuncio. Cualquiera puede escribir sin ruborizarse un texto atestado de errores, pero que no se le ocurra al lingüista aficionado poner una sola falta, porque sus colegas rápidamente se lo reprocharán, e incluso airearán el descuido. Da la impresión de que piensan que el que a uno le guste la corrección debería inmunizarlo contra todo tipo de errores ortográficos, tipográficos, semánticos o sintácticos; se mantienen, así, al acecho con la esperanza de gritarle al mundo, ante el más mínimo desliz, que los que gustan de hablar bien y escribir mejor son los únicos escribanos sin derecho a borrón.

Hace pocas semanas, un buen colega mío (llamémosle «Pablo») recibió una excelente noticia: un enjundioso texto científico suyo, publicado originalmente en inglés, se había traducido al japonés. Lleno del lógico orgullo, nos envié a sus compañeros de trabajo una copia del documento en formato pdf, acompañada del siguiente mensaje, que reproduzco sin modificar nada más que el nombre del autor:

Os adjunto la ultima publicacion por si os resulta interesante,
Sera curioso ver que comentarios linguisticos tiene esta vez el Dr. Saldaña
pablo

No oculto que el mensaje me escoció un poco. Resultaba evidente que mi colega pensaba desquitarse de las veces que yo le había enmendado textos en español y me estaba tendiendo una trampa con la esperanza de que yo reconociera mi incapacidad de mejorar el texto japonés. Abrí el documento y, como temía, no entendí una palabra, pues estaba escrito íntegramente en caracteres orientales. Pero, a pesar de que el japonés no figura en absoluto entre mis habilidades idiomáticas, el reto parecía demasiado tentador como para dejarlo pasar, y esto es lo que le respondí:

Me temo, Pablo, que tu texto es sumamente mejorable. Tu mensaje, de tan sólo veintitrés palabras, contiene las siguientes faltas:

1. «ultima»: Este adjetivo femenino es palabra esdrújula; debería llevar tilde en la «u».
2. «publicacion»: Se trata de una voz aguda terminada en «n». Como la última sílaba contiene el diptongo «io», debería llevar tilde en la vocal abierta tónica, que es la «o».
3. La primera línea del mensaje termina con una coma. Da la impresión, no obstante, de que esta línea contiene una frase completa, y esta idea se desprende tanto de su contenido semántico como del hecho de que la primera palabra de la siguiente línea comience con mayúscula. Si es así, el signo ortográfico correcto para cerrar una frase no es la coma, sino el punto.
4. La palabra «sera», que significa espuerta grande y deriva de la voz árabe hispana *saira*, es poco común, y me ha sorprendido ver que la empleas en este contexto: no sabía yo que existieran relaciones entre los textos científicos y las espuestas (aunque, si bien lo pienso, hay científicos que publican a espuestas). También me ha extrañado la falta de concordancia entre el sustantivo «sera» (femenino singular) y el adjetivo «curioso» (masculino singular). Una explicación alternativa es que no quisieras decir «sera» (sustantivo), sino «será» (tercera persona del singular del futuro simple de indicativo del verbo «ser»). Dado que «será» es palabra aguda terminada en vocal, debería habersele colocado una tilde a la «a».
5. La palabra «que» requiere un comentario particular, pues siempre ha sido asunto delicado la atildación de las voces monosilábicas. La voz «que» puede desempeñar múltiples funciones gramaticales. Puede actuar, por ejemplo, como pronombre relativo («El libro de Pablo, que es muy útil, se ha traducido al japonés») o como conjunción («Me dijo que el libro de Pablo se había traducido al japonés»); en estos dos casos, la palabra «que» no se acentúa. Sin embargo, en tu mensaje la voz «que» actúa como pronombre interrogativo en forma indirecta. La norma en nuestro idioma es que el pronombre interrogativo sea portador de una tilde diacrítica. La grafía correcta, por tanto, tendría que ser «qué», con tilde.
6. La palabra «linguisticos» es la mejor del mensaje, porque reúne dos faltas ortográficas. Por una parte, se ha omitido la diéresis, ese simpático signo diacrítico, a veces llamado también crema, consistente en dos puntos alineados horizontalmente que se colocan sobre la «u» de las sílabas «gue» y «gui» cuando se desea indicar que la vocal «u» debe sonar. Por otra, se trata de una voz esdrújula, y debe siempre acentuarse. Ya que la sílaba tónica contiene el diptongo «ui», integrado por dos vocales cerradas, la tilde debe ir sobre la segunda, en este caso la «i».
7. Da la impresión de que la segunda frase termina con la palabra Saldaña. Echo de menos el punto para cerrar la frase.

Para terminar, la voz «pablo» es un nombre propio y, como tal, debería comenzar con mayúscula. En resumen, parece que sí, que el Dr. Saldaña tenía algo lingüístico que decir.